

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

El Colegial

M. R.

AÑO I
5 DE SEPTIEMBRE DE 1941
N.º 21

PRECIO
\$1.



SEBASTIAN
EL CANO



EL TORDO (*Curaeus aterrimus*)

CLASE AVES

Pájaro común casi en todo Chile, durante el invierno vuela en bandadas y en primavera se dispersa y se le encuentra en casales.

Construye sus nidos en los árboles y matorrales, en su construcción emplea ramas de árbol y barro. La alimentación de esta ave es mixta: está compuesta por materias vegetales, en tiempo de las siembras de trigo hace algún perjuicio. Algunos autores dicen que es aficionado a comerse los huevos y aún las crías de otros pájaros. En cautividad se porta muy bien y su canto es muy agradable.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . . \$ 50.—
Semestral . . . 25.—

REVISTA INFANTIL

AÑO I

MI CHARLA DE HOY

N.º 21

Mis queridos amiguitos; He de hablarles hoy día de algo que a todos los chilenos nos interesa. Del Ejército de Chile. Hoy día, o mejor decir, en un 5 de Septiembre se promulgó la ley que transformó las bases de nuestro Ejército dándole un aspecto completamente moderno. Esa ley fué la de Reclutas y Reemplazos, promulgada el 5 de Septiembre de 1900.

Desde esa lejana fecha han ido pasando obligatoriamente por las filas del Ejército muchas generaciones que fueron allí no sólo a aprender el manejo de las armas, sino a tener conciencia de su propio valer. Porque el Ejército, desde la promulgación de esta ley ha sido la mejor escuela del ciudadano útil a sí mismo y útil a la Sociedad y a la Patria. En las filas del Ejército Nacional tiene el joven, por vez primera, tal vez, conciencia de lo que es una democracia. Porque allí desaparecen las desigualdades sociales y todos los soldados son iguales ante las Ordenanzas y Reglamentos. Sólo existe la diversidad de jerarquías de las graduaciones impuestas para formar el todo férreamente disciplinado que forma la unidad nacional.

Por eso, amiguitos míos, debemos querer siempre a nuestro Ejército y prepararnos desde niños para servir en él y aprender más tarde todas sus enseñanzas verdaderamente democráticas para mayor grandeza y bienestar de la República de Chile. ¡Hasta el Viernes!

EL COLEGIAL



VISITACION
de IMPRENTAS y BBL
SET 4 190
DEPOSITO LE

con-
ellos los
que el río
entre la tie-

La Isla de los Cruzados



RECUERDE: Que Basilio Zboyan Q-2 conversa con M-R respecto al piloto Barnes que ha sido contratado por el emperador de Jogam para adiestrar a su cuerpo de aviadores...

CAPITULO II

Filatélicos

Artillería de montaña, automóviles blindados y tanques, aviones e infantería. Y el pueblo ya no se acordó más de Cianelli.

La voz de Zboyan penetró de pronto en las ideas de Pietro, diciendo:

—Tú eres uno de los pocos hombres en el mundo, que está enterado de que Q 2 y yo somos una sola persona; ten cuidado con ese se-

vich tragó saliva y afirmó la cabeza. Temblaron cuando encendió un cigarrillo que conocía muy bien las.

—No hemos sacado nada de Madon, dijo Zboyan en tono apacible. Hemos estado dos días trabajando con él.

—Otra cosa, señor, añadió Pietro. El emperador de Jogam ha contratado los servicios de un conocido aviador para adiestrar a su cuerpo de pilotos.

—¿Y quién es ese hombre? preguntó Zboyan sin dar importancia al asunto.

—Se llama Barnes, contestó Popovich. No hay duda de que es el mejor piloto del mundo entero. Tiene un pequeño escuadrón de cinco a seis hombres y ha llevado a cabo algunos hechos muy notables.

Zboyan sonrió e inclinó la cabeza al saber tal noticia.

—Sí, dijo. Ya le conozco. Y tengo motivos para creerme en deuda con él. Pero me propongo saldar esta deuda. Bill Barnes contribuyó a evitar que yo ganase mucho dinero. Eso merece una recompensa. Dejaré a tu cuidado los detalles. Procura que no llegue a Jogam, no cometas el error de creer que es un enemigo despreciable.

—Tú eres una de las tres perso-



Se metió en los bolsillos los tres sobres que le entregó el empleado y dirigiéndose a la puerta, salió al Coso d'Italia. Cuando paseaba por la Splazza de Suagna, contempló la muestra del American Express Co. Aquello era lo único que le recordaba su país. Tenía el propósito de ir a los jardines Borghess y sentarse a leer las misivas que llevaba en su bolsillo. Sabía que una de ellas era de Lamport, el jefe radiotelegrafista del campo de Barnes, en Long Island. Una de las dos restantes sería del viejo Scotty McClosky, aguafiestas y mayordomo del mismo campo. Y trató de adivinar quién le había escrito la tercera carta.

Durante los últimos días, mientras Bill Barnes se dedicó a visitar a varios altos funcionarios, Sandy anduvo de un lado a otro de la ciudad de Roma contemplando todo. Los restantes del escuadrón de Barnes se dispersaron por diferentes sitios y, por esta razón Sandy tuvo que resignarse a visitar solo la capital. Tomó un barco para ir a Capri y contempló las bellezas de la Gruta Azul. Observó que Pompeya estaba tan desierta y desprovista de vida como aseguraba la fama. Por lo tanto nada le interesó.

Aquel viaje, al revés de la mayor parte de las expediciones de Barnes, había resultado aburrido. Habían cruzado el Atlántico de un salto para pasar una semana en Inglaterra. Una vez allí, Barnes se dedicó a hacer visitas misteriosas a los funcionarios y ninguno de los hombres estaba enterado de qué iba ni a qué.

Regresó Sandy al

ras enteradas de que opero aquí en Rodas. Deja en Roma a Balbona para que se ocupe de Barnes. Envía un hombre inmediatamente con instrucciones... Necesito quitar de en medio a Barnes y sus hombres. Una fuerza aérea adecuada es lo único que puede alejar a Sicania de Jogam.

—Cuidaré de eso, señor, contestó Pietro. ¿ Dos sellos de la India ?

—Está bien.

Zboyan enderezó su enorme cuerpo y se puso en pie. Luego empezó a pasearse por la estancia. A su vez Popovich se levantó y abandonó la estancia.

Sandy Sanders, vestido con traje de franela gris que se ajustaba perfectamente a su desmañado cuerpo, se asomó a la ventanilla del correo del hotel, en Roma.

dió las tres cartas que había recibido. Como había supuesto, una de ellas era de Tony Lamport, otra de Scotty McCloskey; pero la tercera le extrañó mucho.

En ella no había ningún nombre. El sobre parecía vacío. Con ademán distraído lo rasgó y miró a su interior. Había dentro dos pedacitos de papel en forma oblonga que hizo caer en la palma de la mano. Luego los miró por un momento casi atontado. De pronto dió un respingo.

Eran sellos de correo y Sandy que era un ardiente coleccionista, dióse cuenta de su valor.

Eran sellos emitidos por la East India Co. para el Distrito de Scindé cerca de Bombay, en 1852. Eran unos ejemplares muy raros, porque fueron cancelados después del primer año de su circulación. Sandy los metió de nuevo en el sobre y guardó en el bolsillo.

De pronto oyó que un botones del hotel le llamaba, lo siguió y así llegaron a la oficina de correos, pero ya no se acordó de los sellos al abrir la carta que le esperaba allí. Era de Barnes.

“Salimos hacia Port-Said, Egipto, a las diez de la noche. Repasa tu aparato y sé discreto. Si todo va bien saldremos de aquí a las nueve,

—BILL”

—Eso me gusta, se dijo Sandy.

Barnes, jefe y organizador del escuadrón de luchadores que llevaba su... la palma de la mano... el cielo. Sus ojos... taban entornados,

y su rostro agitábase convulso, mientras observaba las evoluciones de un biplano de dos plazas, que volaba a gran altura sobre él. A causa de su carencia de superficie de cola, de sus estabilizadores gemelos, el aeroplano se parecía a la enorme ave prehistórica de su nombre.

—¿De dónde ha sacado eso? gritó Bill a Shorty Hassfurth, el jefe de personal que estaba a su lado.

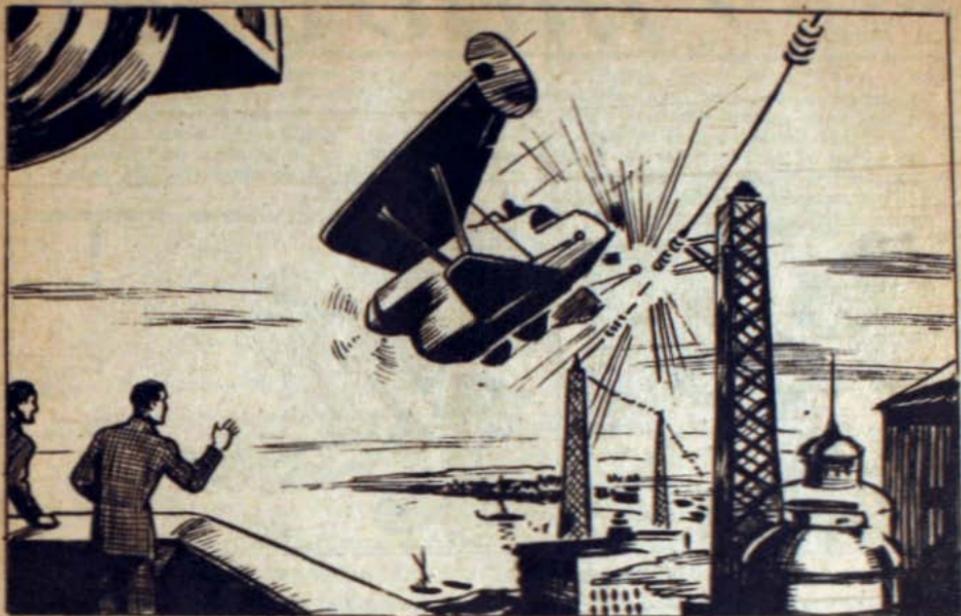
—Es un nuevo tipo de avión militar adoptado últimamente, contestó Shorty mientras centelleaban sus ojos azules. Sandy ha obtenido el permiso de hacer un vuelo en él, a cambio de uno de esos sellos raros que llegaron a sus manos en Roma. El propietario del aparato es también un coleccionista de sellos y loco como una cabra a semejanza de Sandy. Los dos se hicieron amigos y llegaron a este convenio.

—Pero, ¿es un avión militar? preguntó Bill.

—No, le contestó Shorty. Es propiedad particular de ese individuo.

—Mira ese idiota, rugió Bill; está tratando de hacer acrobacias con él. Como si no tuviese bastantes peligros que correr habitualmente.

—Eso parece el sueño de un loco, contestó Shorty, sonriente al contemplar las acrobacias de Sandy, pero no es así. Ese aparato a corta velocidad, tiene una estabilidad lateral muy acentuada. Prácticamente está a prueba de barrenas, gracias, sobre todo, a su carencia de estructura de cola. Es un



El aparato al tocar los cables cayó verticalmente.

aparato militar de dos asientos muy eficaz.

—Todo eso podrá ser cierto, gruñó Bill. ¿Pero qué conocimientos tiene Sandy de esos aparatos? Y si sigue con la costumbre de meterse en donde no le importa y de hacer cosas raras...

Bill se interrumpió de pronto y miró al cielo, pues notó que había cambiado la expresión de Shorty, primero satisfecho para expresar luego un intenso horror.

Vió que Sandy, al picar, había calculado mal la distancia a que se hallaba sobre una serie de cables de alta tensión. Y cuando las extrañas ruedas laterales del pterodáctilo, se pusieron en contacto con

los cables, el aparato cayó verticalmente y se convirtió en una masa de llamas.

—¡Una ambulancia!, gritó Bill en tanto que el aparato se dirigía al puerto. Las poderosas piernas del joven aviador, lo llevaron corriendo a la prola del agua a lo largo del campo de aterrizaje. El avión que cayó rugiendo, golpeó la superficie del agua con fuerza, levantando una columna de espuma a cada uno de sus lados.

Sin vacilar, Bill saltó a un pequeño bote de remos, atado al muelle. Vió cómo disminuía la columna de espuma mientras hundía el bote en el agua.



Lindor el

RECUERDE: El joven menestral Lindor va en busca de la espada mágica y del guantelete encantado, dos talismanes con los cuales vencerá al señor de Faunas que dió muerte a su padre y lo despojó de sus bienes. Lindor se ayuda con un violín maravilloso que le ha obsequiado el buen mago Persides. La bruja Malageta ayuda al pérfido señor de Faunas para que Lindor no se apodere de la espada mágica custodiada por una gigantesca ave de rapaña. El joven menestral, sin llevar el guantelete encantado quiere apoderarse de la espada.



1. Pero al saltar Lindor para apoderarse del precioso talismán, el suelo se abrió bajo sus pies y desapareció en las profundidades de la tierra que volvió a cerrarse sobre él. El gigantesco buitre lanzó un feroz grito y abrió sus alas sobre la espada mágica.



2. Aturdido por la caída, Lindor se quedó inmóvil durante unos instantes. Cuando volvió en sus sentidos se halló dentro de un sótano cuyas paredes lanzaban reflejos fosforescentes. Se sentó en el suelo y empezó a buscar con la vista algún sitio por donde salir.



Pero el pobre Lindor no descubrió agujero, ni la menor resquebraja-
ción. Pasó un rato muy triste, pensando
podría escapar a su terrible
situación, se puso a tocar el violín.
Entendió mictras pul-



4. Como siempre el mago Persides se hallaba abstraído en la lectura de sus libros misteriosos, cuando sintió el sonido del violín hechizado. Pero no se movió. —Maestro, le dijo el duende Cachetín, ¿no oye? —Sí; pero ese joven no ha seguido mis con-

Menestral



5. Una lágrima asomó a los ojos del compasivo duendecillo. Entonces el buen mago le dijo: —¡No llores, Cachetín! Verdad es que Lindor ha desoído mis indicaciones; pero no quise que pereciera bajo las garras del buitre y lo lancé bajo tierra. No tardará en salir de allí. Cachetín se puso a bailar de gusto y se marchó muy contento.



6. La reina de las brujas había logrado introducirse bajo tierra convertida en hurón y, a través de varios pasos subterráneos cavados por aquellos animalitos cuya apariencia había tomado, Malagesta llegó por fin al sótano donde yacía dormido el joven menestral teniendo a su lado el violín de cuerdas maravillosas. Malagesta decidió...



7. ...transformarse nuevamente en ser humano, ya que el joven no podía darse cuenta en medio de su profundo sueño. Sentada en un rincón del sótano, Malagesta se puso a reflexionar y mientras estaba allí reflexionando en la manera de hacer salir de allí al joven sin despertar sus sospechas, Lindor dió señales de querer despertar de su sueño.



8. Al cabo de cierto tiempo, Lindor se despertó enteramente y se sentó en el suelo restregándose los ojos. A la vista de Malagesta que acababa de levantarse del ¹⁰⁸ donde estaba sentada y avanzaba con una mueca que quería hacer, Lindor se levantó de un salto aterrado exclamando: — ¡reina de las brujas!



CAPITULO I

En una apartada y montañosa región de Estiria, había en tiempos remotos, un valle de asombrosa y exuberante fertilidad, rodeado por todas partes de tajados y rocosos montes, cuyos elevados picos se hallaban eternamente cubiertos de nieve, y de los cuales descendían numerosos torrentes formando perennes cataratas. Uno de estos bajaba hacia el Oeste, por la pared de un acantilado tan alto que, cuando el sol se había puesto para el resto de la comarca, sumiéndolo todo en la sombra, sus rayos seguían cayendo sobre esta catarata, que iluminada por ellos, presentaba el aspecto de una lluvia de oro. Y ésta era la razón de que la gente de los contornos la llamasen el Río de Oro.

Y ¡cosa rara!, ninguno de estos torrentes llevaba sus aguas al valle mismo. Todos torcían el curso hacia el lado opuesto de las montañas y corrían después serpenteando por anchas llanuras y cruzando por ciudades. Pero los nevados montes despeñaban las nubes con tanta fuerza que éstas permanecían suspendidas sobre una gran rueda circular, de ma-

nera que, en tiempos de calor y sequía, cuando todos los terrenos contiguos se abrasaban, la lluvia jamás faltaba en el valle, y su heno tan alto, y sus manzanas tan rojas, y sus uvas tan gordales, y su vino tan generoso, y tan dulce su miel, que era el asombro de cuantos lo veían, y se le designaba comúnmente con el nombre de Valle del Tesoro.

Este espléndido valle pertenecía todo a tres hermanos, llamados Schwartz, Hans y Gluck. Los mayores Schwartz y Hans, eran muy feos, con largas y cerdosas cejas que caían en desórden sobre unos ojos pequeños y apagados, siempre a medio abrir, de tal suerte que jamás era posible asomarse a su interior, en tanto que ellos parecían escudriñarle a uno hasta el alma.

Vivían del cultivo del Valle del Tesoro, y gozaban justa fama de buenos agricultores. Concluían con todo lo que pretendía vivir a costa de la finca. Perseguió a tiros a los



Este espléndido valle pertenecía todo a tres hermanos, llamados Schwartz, Hans y Gluck.

mirlos, porque les picoteaban la fruta; destruían los erizos, por temor de que se pudiesen mamar la leche de las vacas; envenenaban a los grillos, porque se comían las migajas de pan de la cocina; y ahogaban a las cigarras, que solían cantar todo el año en los limoneros. Hacían trabajar rudamente a sus criados, sin darles salario alguno, hasta que éstos se negaban a continuar a su servicio; entonces reñían con ellos y les echaban sin pagarles.

Milagro hubiera sido que con semejantes terrenos y con tan singular sistema de explotación, no hubiesen logrado reunir una fortuna considerable; y en efecto, se hicieron muy ricos. Por regla general guardaban el grano que cogían, esperando a que alcanzase buen precio, vendiéndolo después por el doble de su valor; poseían montones de oro, esparcidos por todos los pi-

sos de la casa; y sin embargo, no había noticia de que hubiesen dado jamás un centavo o un mendrugo de pan al desvalido; en fin, eran de condición tan cruel e inhumana, que todos los conocían con el remoque de los "Hermanos Negros".

El menor de ellos, Gluck, así en su apariencia exterior como en su manera de ser, era opuesto por completo a sus dos hermanos. Frisaba en los doce años, tenía los ojos azules, rubia la cabellera, y era bueno y afable con todos. No hacía buenas migas con sus dos hermanos mayores, o mejor dicho, éstos eran los que no se llevaban con él nada de bien. De ordinario, confiábanle la honrosa tarea de dar vueltas al asador, cuando había algo que hacer, lo cual no era muy frecuente; le hacían limpiar el horno, los suelos, y a veces lavar los platos, permitiéndoles que devorasen la

ellos dejaban, por vía de alentado-
ra remuneración, y propinándole
golpes a guisa de eficaces desper-
tadores de las aptitudes del mu-
chacho.

Mucho tiempo siguieron así. Al
fin vino un verano extraordina-
riamente seco, que ocasionó en la
comarca grandísimos perjuicios.
Apenas se había acabado de gua-
dañar y recoger el heno, una inun-
dación arrancó de cuajo los almiar-
es y los arrastró hasta el mar; el
granizo destrozó la uva; el tizón
destruyó los cereales; sólo en el
Valle del Tesoro, como de costum-
bre, se salvó todo. Del mismo mo-
do que las nubes regaban su sue-
lo, cuando los demás campos no
recibían una gota de agua, así tam-
bién el sol lo calentó con sus rayos,
en tanto que las otras tierras se he-
laron.

Acercábase el invierno a pasos
agigantados y arreciaba el frío,
cuando los dos hermanos mayores
se marcharon un día, dejando a
Gluck al cuidado del asador y re-
comendándole mucho que no deja-
se entrar a nadie, ni diese nada.
Sentóse el joven al lado mismo del
fuego, pues llovía torrencialmente,
y las paredes de la cocina no tenían
nada de consoladoras ni secas. A
fuerza de dar vueltas a la pierna
de carnero, tomó ésta un aspecto
dorado y apetitoso.

—¡Qué lástima! pensó Gluck,
mis hermanos nunca invitan a co-
mer a nadie. Estoy seguro de que,
siendo una pieza de cordero tan
deliciosa como ésta, disfrutarían
mucho más gustosamente dando parte a otros
que carecen de todo ali-

a la puerta de la casa dos golpes
consecutivos, a un tiempo violentos
y sordos, como si la aldaba hubiese
estado forrada; algo así como dos
resoplidos.

—Debe ser el viento, pensó
Gluck; ¿quién, sino él se aventura-
ría a dar en nuestra puerta dos
golpes consecutivos?

Pero no era el viento, no. Nue-
vos golpes volvieron a resonar con
inusitada violencia, y lo que aún
era más raro, la persona que lla-
maba parecía traer mucha prisa y
no temer las consecuencias de la ac-
ción que ejecutaba. Gluck acudió a
la ventana, la abrió y asomó la ca-
beza para ver quién era el osado.

Era un viejecillo de la figura
más rara que jamás había visto
en su vida. Su larguísima nariz te-
ría un color ligeramente broncea-
do; a juzgar por sus carrillos, que
eran rojos y redondos, cualquiera
hubiera creído que había estado
soplando sobre brazas durante cua-
renta y ocho horas; los ojos le cen-
telleaban alegres por entre las lar-
gas y sedosas pestañas; sus bigotes
se retorcían a cada lado de la boca,
a modo de sacacorchos, y los cabe-
llos, de un tinte rojizo, le caían has-
ta más abajo de los hombros. Ten-
ía aproximadamente, un metro y
veinticinco centímetros de estatu-
ra, y llevaba un sombrero en for-
ma de capirote, de la misma eleva-
ción, adornado con una pluma ne-
gra de casi un metro de longitud.

La singular apariencia del visi-
tante causó a Gluck tal sorpresa,
que quedó como paralizado, sin de-
cir palabra, hasta que el viejecillo
se volvió para arreglarse la capa
que el viento amenazaba arrancar-
le. Al hacer este movimiento, repa-

...o acabado de hacer-
...n, cuando sonaron



Eres un buen muchacho — le dijo el homrecillo — nada temas de tus hermanos.

ró en la rubia cabeza del muchacho asomado a la ventana.

—¡Hola! exclamó el viejecillo. No es esa la manera de contestar al que llama a la puerta. Déjame entrar, porque vengo hecho una esponja.

En efecto, estaba muy mojado. La pluma del sombrero, caía lacia, cual la cola de un perro perseguido, y goteaba como un paraguas mojado, y de las puntas del bigote le chorreaban hilos de agua que penetraban en los bolsillos del chaleco.

—Perdonad, caballero, dijo Glück; lo siento muy de veras, mas no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? replicó el viejecillo.

—No puedo dejaros entrar, caballero. Mis hermanos me matarían a palos si tal hiciese. ¿Qué necesitáis?

—¿Qué necesito? interrogó con

petulancia el viejecillo. Necesito abrigo y fuego, y el que arde en tu chimenea cruje que es un contento, y sus llamas bienhechoras lamen retozonas las paredes sin que nadie se aproveche de ellas. Déjame entrar, repito, solo deseo calentarme.

Gluck había sacado tanto la cabeza de la ventana que empezó a darse cuenta de que hacía realmente un frío insoportable, y, cuando, al volverse, vió el fuego que crepitaba y rugía en la chimenea, y cuyas llamas resplandecientes y largas, parecían lamer la sabrosa pierna de carnero, que inundaba la estancia de apetitoso y suave aroma, enterneciósese el corazón y pensó que bien podría permitirle que se calentase, ya que con ello habría de originar gasto alguno.

—Parece que está muy se dijo el muchacho, lestrar siquiera un cuarto

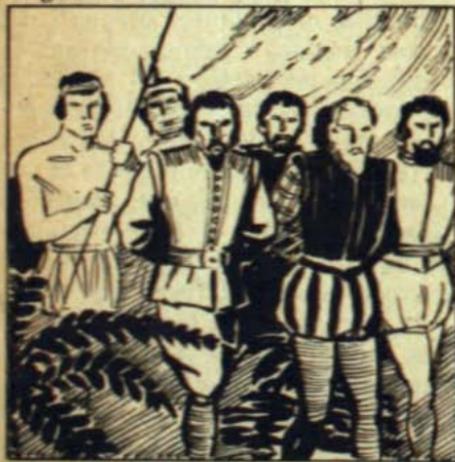
HISTORIA GRAFICA



145. Nombrado gobernador por segunda vez, García Ramón, que ya conocía a los araucanos por haberlos combatido, les ofreció la paz. Los indios aceptaron, pero la rompieron después de haber asegurado las cosechas. El gobernador decidió entonces la guerra sin cuartel.



146. Habiendo recibido un refuerzo de mil hombres, García invadió las tierras araucanas venciendo a los indios y talando los campos sembrados y tratando de libertar a los cautivos. Muchas españolas cautivas se negaron a volver con los españoles por amor a sus hijos araucanos.



147. Con su guerra sin cuartel, García logró reducir a los indios a la miseria y introdujo una paz forzada; pero prueba que los indios no se rendirían nunca, en la ciudad de Boroa que había fundado García y mataron y apresaron a los españoles.



148. El rey de España aumentó a trescientos mil pesos el presupuesto para el pago de la tropa y esto influyó en la prosperidad de la atrasada colonia. En Agosto de 1610, murió el gobernador García y dejó como sucesor al doctor Merlo de la Fuente, en carácter interino.



149. El doctor Merlo de la Fuente continuó con igual dureza la campaña contra los indios; pero éstos lograron ponerse a cubierto del hambre haciendo dos siembras, una muy escondida en los valles del interior, y otra a la vista de los llanos para engañar a los españoles.



150. Entre los jesuitas que habían venido a Chile con don Martín Oñez de Loyola, se hallaba el Padre Luis de Valdivia. Este religioso, siguiendo el ideal que había preconizado algunos años antes el Padre Gil González, condenaba la guerra de exterminio que se hacía a los indios.



151. Comprendiendo que nada podía conseguir en tierras de Chile, donde los colonos habían endurecido sus sentimientos por causa de la misma guerra que nunca terminaba, decidió emprender viaje a España para hacer oír su voz delante del rey. Y así lo hizo exactamente.



152. El rey escuchó los elocuentes alegatos del Padre Valdivia en favor de los indios y aceptó el plan del jesuita que consistía en decretar el indulto de todos los indios sublevados y en disponer que el río Bío-Bío fuese la línea divisoria entre la tierra araucana y española.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO VI

No habíamos avanzado mucho cuando cayeron sobre nosotros unos mil quinientos indios, arrojando flechas, piedras, lanzas y hasta lodo. Tan súbita acometida nos turbó. Los arcabuces empezaron a hacer fuego; mas los tiros no llegaban hasta ellos y les causaban poco daño, pues se protegían tras unos grandes escudos.

Algunos soldados iban quedando muertos, otros se apresuraron a tomar las embarcaciones. Magallanes, siempre valiente y arrojado, defendía la retirada. Nos unimos a él seis u ocho, dispuestos a salvarle o morir. Los enemigos eran innumerables y nos tiraban sus armas arrojadas a la cabeza y a las piernas, concentrando sus energías y sus tiros contra nuestro jefe. Por fin se nos vinieron tan encima que apenas nos podíamos volver. Lograron herir a Magallanes en una pierna, otro indio le hirió la cara y otro en el brazo. Nosotros le defendíamos y le pedíamos que huyese a la embarcación; mas él quería ser el último en retirarse. Herido luego en la otra pierna cayó al suelo, y por mucho estrago que nosotros hicimos en aquella multitud de indios,

se arrojaron sobre él. Entonces, perdido el jefe, hicimos bastante con podernos salvar. El que se portó muy bien fué Pigafetta. ¡Qué estocadas más certeras y mortales las suyas! Con agilidad se revolvía entre aquella multitud. Desde ahora le tendré aprecio, pues ví que supo exponer su vida por salvar la del Almirante.

--Bueno, basta ya, interrumpió El Cano; ahora necesitas descansar y curarte. Ya me contarás más detalles en otra ocasión.

--¡Lástima que un héroe como Magallanes tenga un lodazal por sepultura! exclamó Amurrio.

Con esta derrota perdieron los expedicionarios gran prestigio entre los cebuanos. El mismo rey de ellos se decidió a traicionarlos, a fin de destruirlos y apoderarse de sus bajeles y riquezas. Para este efecto urdió la más negra traición. Una vez bien urdida y dispuesta, dijo a los españoles que ya tenía preparadas las joyas que deseaba regalar a la Emperatriz; que bajasen a tierra y le acompañasen a comer para entregárselas después del banquete.

Barbosa, que había sido nombrado en reemplazo de Magallanes, empeñó su palabra de ir al banquete; mas Serrano, que temía una traición, se opuso con varias razones que no pudieron convencer a

Barbosa. Este saltó a tierra con unos treinta hombres de los principales; y cuando todos estaban en lo mejor del festín, se echó sobre ellos un enjambre de indios que los sacrificó a todos, sin darles lugar de defensa. Tan solo dejaron vivo a Serrano.

Al ver los que habían permanecido en las naves, que los indios arrastraban hacia el mar los cuerpos de los convidados, se pusieron en guardia y en disposición de vender caras sus vidas. Poco después apareció un pelotón de indios que llenaban el aire de flechas y voces y que conducían preso a Serrano. De pronto se fué acallando el griterío hasta reinar completo silencio, y entonces se dejó oír la voz de Serrano que les advertía a los exploradores que los indios le darían la libertad a cambio de dos piezas de artillería. Carvallo, que estaba de jefe, temió un nuevo ardid y no quiso ceder; mandó levar anclas y hacerse a la mar, desoyendo la voz angustiada de Serrano, a quien no tardaron en sacrificar los indios entre algazara y ruido de tambores.

Desconsolados y tristes salieron los expedicionarios de Cebú, habiendo dejado allí el cuerpo de su almirante y habiendo perdido en negra traición a sus más distinguidos jefes. Llevaban además maltrechos los barcos y enferma la mayor parte de la tripulación.

Fueron a salir a la isla de Bohol, donde no hubo más remedio que deshacerse de la Concepción, por que se hallaba en deplorable estado y apenas había gente para tripularla, pues desde San Lúcar habían neregido ya setenta y cuatro hombres.

Algo reforzados y aliviados, pasaron a Quipit, donde adquirieron

arroz, chanechos, gallinas y otros víveres a trueque de rescates; y se dieron a la vela para Borneo. El rey de esta isla supo la llegada de los navegantes y envió en tres lujosas embarcaciones a su secretario y a varios moros que se mostraron muy cordiales, abrazando al capitán, enterándose de su ruta y ofreciendo sus servicios con desinterés. Los exploradores no sólo correspondieron a estas atenciones sino que enviaron al rey, entre otros regalos una capa de terciopelo azul. Como aquella gente manifestaba buen corazón, y el rey tenía mucho interés en ver a los expedicionarios, fueron a visitarle con el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa siete de los principales, entre ellos El Cano.

En su salida pudieron apreciar lo muy poblado de esa tierra y los peligros que encerraba el permanecer allí; por lo que decidieron levar anclas.

Mas como no tuviesen brea para carenar las naves, enviaron seis hombres a buscarla. Esperaron por ellos, y viendo que no volvían, temieron alguna celada y se aprestaron a la defensa. Pasó entonces junto a los bajeles, una gran embarcación, que los indios llamaban junco, tripulada por gente principal y le dieron caza, reteniendo a sus ocupantes entre ellos un hijo del rey de Luzón, por cuyo rescate esperaban conseguir la libertad de los desaparecidos. De nada les aprovechó este ardid, porque el capitán Carvallo, sin contar con nadie libertó a los presos, cegado por una gran suma de oro que ocultamente le ofrecieron.

Al cabo de dos días vinieron dos de los presos; pero los restantes quedaron allá. Carvallo sufrió con



—¿Sabéis escribir y algo de cuentas? — Le preguntó El Cano.

esto el justo castigo a su avaricia, porque entre los perdidos se hallaba un hijo suyo.

Continuaron su odisea los intrépidos expedicionarios, luchando con las dificultades que les ofrecía el desconocido océano y salvándose milagrosamente de no pocas tormentas y de los terribles bajos que por allí abundaban.

Mas el deterioro de las naves llegó a tal extremo que no era posible seguir avanzando, por lo que fué preciso detenerse y carenar las naves en una ensenada que encontraron y que ofrecía bastante buenas condiciones de abrigo.

Saltaron todos a tierra y se pusieron a trabajar sin distinción de clases, sufriendo sin desmayar el trabajo rudo e incesante, que tan costosa labor exigía, en especial el corte y la conducción de las maderas. Añadíase a esto la escasez de víveres y el carácter duro y despótico de Carvalho, por lo que la gente vivía tan disgustada que fué preciso destituirle y colocar en su puesto

a Gómez de Espinosa, a El Cano a quien se nombró capitán de la Victoria, y al maestre Juan Bautista de Pancervera, para que entre los tres acordasen lo que procediese y tomasen en común el mando de la expedición.

Este nombramiento calmó los ánimos y fué del gusto de todos que no tardó en reinar la alegría y la esperanza en la improvisada colonia.

Apenas El Cano se hizo cargo de la Victoria se ofreció a los soldados y marineros más como amigo que como capitán y mandó que le trajesen el libro de cuentas. Nadie dió razón de él, y se excusaron diciendo que ninguno se había preocupado hasta entonces de tales minucias. Llamó inmediatamente a Juanillo, que se presentó saludando con despejo y diciendo:

—A la orden, mi capitán. Ahora felizmente puedo daros este título.

—¿Sabéis escribir y algo de cuentas?, le preguntó El Cano.

(Continuará)

VERGEL INFANTIL



BAJO LA LLUVIA

La obstinada rebeldía de la lluvia se adhiere al árbol y golpea pertinaz el cristal de mi ventana... Es la viajera húmeda y nostálgica que vierte charcos en los caminos abandonados. Y, como una sacerdotiza de agua, viento y niebla, cuya pollera gris ostenta lentas joyas pálidas color ceniza, abre su templo a la hora más triste del atardecer cuando con el brochazo nebuloso se borran los trazos azulosos de la lejanía...

Es un evangelio la tristeza misma dando vueltas entre puñales encrespada al vivo relampaguear de fuegos alados y de los cohetes siniestros de los truenos. Hay en la lluvia un inmenso vestigio de de-

rrotas, por eso es cruel y rencorosa, su apresuramiento cadencioso, a veces semeja una oración...

¡Niña loca y cantarina, salta en los sembrados... difunde el miedo en los vergeles, cantando al borde de las fuentes una canción divina en cada una, dejando en el trémulo rastro de su acento, una plegaria de amor que el limonero soñoliento difunde en su emoción!...

Un corazón que llora desde el cielo, espejo que los ángeles rompieron, canción de agua que al esparrramar los secretos de su ánfora múltiple, se hermana a mi alma, en esta noche triste, en que con rebeldía obstinada, al golpear el cristal de la ventana, teje para mi corazón todo un poemario de recuerdos.

Rose-Marie

FANTASIA

En este somnoliento desespero que hunde sus puñales, paso a paso. Mientras el sol perdido en el ocaso brinda múltiples reflejos al sendero:

mi afán, atado a un soberbio lazo, fulge arrogante, nitido y sincero y sin medir que es mi deseo escaso a cada hora levántase, altanero.

¡Y es que es tan imposible mi utopía, porque quiero fundir en el alma mía como un broche de oro, esta ensoñación...

sin reparar que esta osadía, hecha de un nunca, en su ufanía, jamás será verdad en mi canción!

MALVA OVALLE DE LA CRUZ



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Los niños Paulina y Damián abandonan la cabaña de un pescador donde han vivido creyendo ser hijos de los pescadores; pero casualmente descubren que son huérfanos y para no ser una carga se van por los caminos. Encuentran a un moribundo y éste les confía una fortuna oculta en el forro de una vieja chaqueta. Después de incontables aventuras los huérfanitos llegan a la región minera de Lota donde encuentran al heredero del moribundo y le entregan la fortuna. Pero Paulina y Damián no son huérfanos. Al saber, de padres ricos y alta posición social, son robados por Bernardo Donoso a quien acompaña como cómplice el chofer Benito Martín. Los esposos Cruz sospechan de Donoso y el Prefecto de policía decide ir a ver personalmente al sospechoso.

CAPITULO XXI

El Prefecto se dirigió a la calle Manuel Rodríguez y un cuarto de hora después llamaba en la portería del hotel Carrera. El portero, al ver el imponente uniforme del Prefecto, se levantó apresuradamente para atenderlo:

—¿Qué se le ofrece, señor? preguntó inclinándose con mucha cortesía.

—Desearía ver a don Bernardo Donoso que se aloja en este hotel, replicó el Prefecto.

—Pase usted, señor; yo mismo lo conduciré a sus habitaciones. Casualmente el señor Donoso se encuentra aquí en estos momentos.

Guiado por el portero, el Prefecto subió al piso superior y a los pocos momentos se encontró ante la

puerta del lujoso departamento que había tomado Bernardo Donoso. Cumplida su misión de guía, el portero se retiró y dejó solo al Prefecto. Este tocó el timbre de la puerta del departamento y al momento acudió a abrir el criado de Donoso, que no era sino su propio chofer Benito Martín. Al ver la imponente figura del Prefecto, Martín experimentó una profunda conmoción dentro de sí; pero haciendo un grandísimo esfuerzo no dejó transparentar sus emociones.

—¿Don Bernardo Donoso? dijo el Prefecto.

—Tenga la bondad de pasar, señor, replicó Martín

El Prefecto fué conducido a una salita de recibo y Martín salió para avisar a su patrón. Este se hallaba tendido sobre un diván.

—¡Señor, el Prefecto ha venido a verlo! le dijo el chofer con ansiedad.

—¿Sí? Pues, no pongas esa cara. Me parece que no hay para qué asustarse, respondió tranquilamente Bernardo Donoso, muy dueño de sí mismo.

Dejó a un lado el libro que estaba leyendo y se puso de pie. Estiró los brazos, hizo algunas flexiones de piernas y después de este breve ejercicio muscular, se puso una bata de casa y salió para pasar a la sala de recibo.

—Caballero, dijo inclinándose ligeramente y con entonación amistosa, ¿a qué debo el honor de su visita?

El Prefecto se puso de pie y se presentó a sí mismo:

—Soy el Prefecto de policía, señor, respondió con cierta rigidez militar. He sabido que es usted el propietario del fundo La Cañadilla y que ha vuelto por aquí después de cerca de dos años de ausencia.

—En efecto, señor Prefecto, respondió Donoso con exquisita finura. Malos negocios me obligaron a buscar otros horizontes más vastos para mis empresas comerciales, señor Prefecto. No pensaba volver aquí; pero usted comprende... Uno no puede olvidarse fácilmente del terruño donde ha nacido... es cuestión de temperamento sentimental. Quise volver a ver estas tierras, volver a ver a sus gentes y aspirar un poco el aroma de los recuerdos... Pero veo que estoy dando rienda suelta a mis sentimentalismos poéticos, señor Prefecto, cuando sin duda usted viene a verme por motivos más serios y más prácticos, como cuadra a un buen soldado, ¿verdad, señor Prefecto? Diga usted y me pondré a su disposición para ayudarle en lo que pueda...

El Prefecto no se esperaba un recibimiento de esta naturaleza. Había creído encontrarse con un hombre circunspecto, cerrado, serio... y, en cambio, se hallaba delante de un buen muchacho de exquisita cortesía y de fino trato que parecía poseer un alma de poeta. Un poco desconcertado, replicó:

—No venía, precisamente a pedir su ayuda, señor Donoso, sino,

al revés: venía a ponerme a su disposición. El fundo La Cañadilla permanece inactivo y como creí que usted volvería a hacerlo trabajar...

—Comprendo, señor Prefecto, no me diga usted más. Las faenas del campo no sólo necesitan ser guiadas con mente clara y tenaz, sino también necesitan de la vigilancia de unos ojos penetrantes como los de la policía. Le agradezco en el alma la ayuda que me ofrece, señor Prefecto, pero debo decirle que no tendré el gusto de utilizar sus servicios porque he venido precisamente a deshacerme por completo de ese fundo. Estoy tramitando su venta y dentro de unos días, mañana mismo tal vez habré finiquitado el negocio y diré para siempre adiós a mi terruño. El destino me lanzó hacia otras tierras no tan bellas pero más acogedoras.

—Lo siento mucho, señor Donoso, dijo el Prefecto cada vez más convencido de que aquel caballero tan fino, tan exquisito, no podía ser un bribón ni menos un raptor de niños.

Cuando instantes más tarde, el Prefecto se encaminaba a sus oficinas de la Prefectura, llevaba el convencimiento de que Bernardo Donoso era completamente inocente.

¡Cuán engañado estaba el Prefecto!

Apenas salió el funcionario policial del hotel Carrera, Bernardo Donoso, que había estado vigilando su salida detrás de los visillos del balcón, se volvió hacia su cómplice Benito Martín y le dijo:

—Ese pájaro de mal agüero vino a ver si podía hallar algún indicio; pero creo que se ha ido convencido de que Bernardo Donoso es un po-



No vengo, precisamente, a pedir su ayuda, señor Donoso...

bre caballero incapaz de matar una mosca.

—Me parece que ya es hora que abandonemos estas tierras bastante peligrosas, insinuó Martín, que parecía no hallarse muy seguro ni muy a gusto.

—Sí, hombre pusilánime, le respondió Donoso. Hoy mismo nos iremos de aquí. El fundo ya está vendido y descontando las sumas de las hipotecas, me sobran todavía algunos miles que los emplearé en otros negocios lejos de estas tierras miserables. Pero antes debo completar mi venganza. Inés Baltra y Alberto Cruz no han hecho caso de mis amenazas. Y ya que el comportamiento de Inés me ha sumido en la miseria, que sufra ella y también sufra su marido lo mucho que me han hecho padecer.

—¿Qué pretende usted ahora?

—Darte a ganar otros miles, Martín.

—¿Qué debo hacer para ello?

—Una cosa muy sencilla: hacer

que los dos niños desaparezcan sin dejar huellas. De este modo Inés sufrirá en sus sentimientos de madre.

—¡Hacerlos desaparecer! murmuró con voz ahogada.

—Sí, hombre. ¿Acaso tienes temor...?

—Eso es muy peligroso, señor; arriesgamos la vida.

—Cuando las cosas se hacen con inteligencia, nada hay que temer. ¿No has visto con qué facilidad engañé al Prefecto?

—Sí, pero tantas veces va el cántaro al agua que al fin vuelve sin orejas... replicó sentenciosamente el chofer.

—Pierde cuidado; esta vez será la última maniobra que hagamos. Después... nos retiraremos. Tú quedarás satisfecho con los miles de pesos que yo te proporcionaré y yo quedaré satisfecho de mi venganza.

—Pero, ¿qué pretende hacer con los niños?

—Ya te dije: suprimirlos.

—¡No, no! Nunca mancharé mis manos con la sangre de esos pequeños. Sé que soy un bribón; pero no quiero convertirme en asesino.

—¿Y quién te habla de asesinato? No se trata de matar a nadie. Se trata de llevar los niños al lugar que yo te indicaré, los dejarás allí y luego... te irás. Nada más.

Pero, ¿a dónde los llevaré?

—Al mar.

—¡Oh, piensa usted ahogarlos?

—¡No seas tonto! Y habla más bajo. ¿Recuerdas algo de la Historia Sagrada?

—¿Y qué tiene que ver la Historia Sagrada en todo esto?

—Mucho. Recuerdas tú el episodio de Moisés cuando fué puesto en una canastilla de mimbre y echado al río Nilo?

—Sí, sí; y recuerdo que Moisés fué salvado de las aguas por la hija del Faraón.

—Exacto. Nosotros repetiremos el caso. Pondremos a los niños en una pequeña embarcación construída de exprofeso para el caso. Pondremos los niños en esa cuna flotante y los lanzaremos al agua en alguna caleta donde sin duda serán recogidos por alguien.

Pero, ¿y si no los recoge nadie y las olas sepultan la cuna con su carga?

—Entonces, no habrá sido nuestra culpa; eso lo cargaremos en cuenta del Destino.

Martín no contestó. Parecía reflexionar.

—Te doy cinco minutos para que decidas si aceptas o no aceptas, dijo Donoso con entonación categórica.

—¿Y si no me decido?

—Pierdes cinco mil pesos...

Aparte de que es peligroso convertirse en enemigo mío.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras, respondió Donoso, mirando a su cómplice con ojos fulgurantes.

Benito Martín había tenido ocasión de ver actuar a Donoso y sabía qué clase de hombre era. Comprendía que era peligroso deshacer la inicua sociedad. Donoso prosiguió pausadamente:

—Recuerda que te salvé de caer en manos de la policía cuando te perseguían por cierto delito que no es del caso traer a la memoria.

—Sí, sí, balbuceó Martín.

En efecto, Benito Martín había sido perseguido por la policía y sólo se había librado de ir a la cárcel gracias a la intervención de Bernardo Donoso. Todo esto, sumado a la perspectiva de ganar cinco mil pesos de un solo golpe, decidieron por fin al miserable chofer.

—Está bien, patrón; acepto, dijo por fin.

—Perfectamente, Martín. Haces bien en aceptar, porque la impaciencia mía tocaba ya a su fin. Ahora nos iremos a casa de tu hermana en Peumo. Durante la noche nos iremos con los niños hasta la caleta de Navidad que está cerca de la desembocadura del río Rapel. Tengo ya lista la cuna flotante. Todo será sencillo y fácil. Los pescadores son gentes sencillas y de pocos alcances. Tomaremos una lancha y cuando hayamos llegado a cierta parte, echaremos la cuna flotante al mar. Luégo volveremos a la playa y... ¡nadie sabrá nada!

(Continuará)



¿QUIEN RAPTO?

CAPITULO XXI



1. El hombre enmascarado alargó el brazo armado del revólver, dispuesto a poner fin a la vida de Jeff Warren. Pero de pronto el pie de éste se alzó violentamente.



2. La punta de la bota de Jeff chocó con la pierna del enmascarado y éste fué derribado lanzando un grito de dolor. Poco después, ambos luchaban con furia tremenda.



3. Las fuerzas de Jeff lograron dominar a su adversario que fué puesto de espaldas. —¡Ahora te arrancaré la máscara negra y sabré qué clase de bribón eres! dijo Jeff.



4. Jeff Warren arrancó la negra máscara de la cara del vencido y lanzó una exclamación de sorpresa. ¡Acababa de reconocer a Johnson, el capataz del rancho de los Henson!



5. Jeff amarró a Johnson, lo subió al caballo y en seguida montó él en el suyo propio. —Creo, amigo Johnson que lo va a pasar usted muy mal con el sheriff, le dijo Jeff.



6. El joven cowboy tomó las riendas del caballo de Johnson y poniendo al paso el caballo que montaba siguió por el camino, sin darse cuenta de lo que hacía el cautivo.

A HENSON?



7. El capataz del rancho Doble V había logrado, después de un prolongado ejercicio de los dedos, desatar las amarras. Jeff seguía caminando sin imaginar lo que ocurría detrás.



8. Con mucho sigilo Johnson hizo avanzar su caballo hasta emparejar con el caballo de Jeff y entonces, con rápido movimiento del cuerpo y de la mano, se apoderó del revólver.



9. ¡Ahora me toca a mí el turno de mandar! exclamó Johnson. Jeff se volvió rápidamente y se encontró el amenazante cañón de su propio revólver. Jeff parecía estar perdido.



10. Pero no era así. Con la agilidad y rapidez que le eran características, alargó el brazo y su terrible puño golpeó la mandíbula de Johnson y éste cayó derribado en tierra.



11. Por segunda vez fué vencido en la lucha que se siguió en el suelo; pero esta vez Jeff amarró cuidadosamente a su cautivo atravesado en la montura del caballo de Johnson.



12. Y en esa incómoda posición llevó a su prisionero hasta el pueblo y se dirigió a la oficina del sheriff. Un cowboy empezó a espiarlo desde una esquina de la calle.

(Continuará)



El pobre Juan estaba muy triste porque su padre se hallaba gravemente enfermo y sin esperanzas de salvación. En la pequeña estancia solamente había el enfermo y el muchacho. Era una hora muy avanzada de la noche y la lámpara estaba a punto de apagarse por falta de aceite.

—Has sido un buen hijo, Juan, dijo el moribundo. Estoy seguro de que el Señor te ayudará en tu camino por el mundo.

Fijó sus ojos bondadosos e impregnados de cariño en su hijo, dió un largo suspiro y murió tan apaciblemente, que parecía haberse dormido. Juan lloró amargamente, porque acababa de quedarse solo en el mundo, ya que no tenía parientes ni amigos. ¡Pobre Juan! Se arrodilló al lado de la cama, besó las yertas manos de su padre y derramó abundantes lágrimas; pero, al fin, cerráronse sus ojos y quedó dormido con la cabeza apoyada en la cama.

Tuvo un sueño maravilloso. Vió ante él la Luna y el Sol, que le ha-

rían una reverencia, y vió a su padre completamente restablecido y lleno de fuerza y salud; reíase como solía hacerlo cuando estaba satisfecho. Una hermosa doncella que llevaba una corona de oro en sus largos y hermosos cabellos, extendía su mano a Juan, y su padre le decía: "Mira que hermosa novia has merecido. Es la doncella más hermosa del mundo". Luego Juan despertó y desapareció aquella agradable escena; su padre yacía en la cama, muerto y frío, y allí no había nadie más. ¡Pobre Juan!

A la semana siguiente Juan acompañó el féretro hasta el cementerio y ya no pudo ver nuevamente a su padre, que tanto lo había amado. Oyó caer la tierra sobre la tapa del ataúd y no se movió de allí hasta que hubo desaparecido la última esquina del féretro. Cayó la última paleta de tierra y ocultó por completo aquella caja que encerraba los restos mortales de su padre. Y Juan se sentía tan agobiado por el dolor, como si su corazón estuviese a punto de estallar.

El pastor entonó un hermoso salmo que hizo asomar las lágrimas del joven y el llanto le alivió el do-

lor que sentía. Brillaba el sol sobre los verdes árboles, como si quisiera decir al huérfano: "No estés triste Juan. ¡Mira cuán azul está el cielo. Tu buen padre está en él y rogará a Dios que no te suceda ninguna desventura".

—Siempre me portaré bien, dijo Juan. Y algún día iré al cielo, al lado de mi padre. ¡Qué alegría será para los dos vernos de nuevo! ¡Cuántas cosas tendré que decirle; y él tendrá mucho que mostrarme y enseñarme, acerca de la felicidad del Paraíso, de la misma manera como me enseñaba cosas en la tierra! ¡Qué alegría tan grande tendremos!

Y Juan vió tan claramente aquella escena futura, que sonrió, feliz, al imaginársela, a pesar de que todavía resbalaban las lágrimas por sus mejillas. Los pajarillos, que estaban posados en el castaño, pibaban alegremente. Cuando por la tarde volvió al cementerío, observó que la tumba estaba cubierta con arena fina y adornada con flores. Eso fué obra de algunos desconocidos que también querían a su padre.

A la mañana siguiente muy temprano, Juan empaquetó los pocos efectos de su pertenencia, que era lo único que su padre le dejara, aparte de unos cincuenta duros que se metió en el cinto. Y con esa fortuna emprendió su viaje por el mundo.

Sin embargo, antes volvió al cementerio y al lado de la tumba de su padre, se arrodilló, rezó un Padre nuestro y añadió:

—¡Adiós, querido padre! Siempre seré bueno, y así no habrás de tener reparo en rogar a Dios que no me suceda ninguna desgracia.

Los campos que Juan atravesaba estaban llenos de vivos colores que agitaban sus corolas al recibir la luz del sol, como si dijesen: "Bienvenido a los campos". "¿No te parece que esto es muy hermoso?". Pero Juan se volvió una vez más para mirar a la antigua iglesia, donde fué bautizado y donde, cada Domingo fué a cantar los salmos acompañado por su padre. Y al mirar hacia atrás vió en pie en uno de los ventanales de la iglesia al pequeño geniecillo, con su gorro rojo y puntiagudo, que se protegía los ojos del sol con una mano. Juan se despidió de él con un ademán y el pequeño enanito le envió un beso en la punta de sus dedos, para demostrarle que le deseaba toda suerte de prosperidades en su viaje.

Juan empezó a pensar en las muchas cosas hermosas que vería en aquel mundo tan bello que se ofrecía a sus miradas y siguió adelante, hasta llegar a una distancia mucho mayor que la que recorriera antes. La primera noche durmió al pie de un pajar, en pleno campo, porque no tenía otra cama. Pero le pareció excelente y se dijo que el rey no la tendría mejor. El campo en que se tendió a dormir estaba al lado del río y estos dos elementos, juntamente con el pajar, constituían, a su juicio, una deliciosa estancia. La luna era una preciosa lámpara nocturna suspendida del cielo azul y que tenía la ventaja de que en ningún caso prende fuego en los cortinajes. Juan, por consiguiente, podría dormir sin ningún temor y así lo hizo. Y despertó cuando el sol estaba bastante alto sobre el horizonte y todos los pajarillos cantaban: "Buenos días. ¿No te has despertado todavía?"



Y al lado de la tumba de su padre, se arrodilló, rezó un Padre nuestro y añadió...

Repicaban las campanas de una iglesia vecina; los feligreses acudían a ella para oír el sermón del sacerdote y Juan se unió a ellos.

Ante el cementerio había un mendigo que se apoyaba en una muleta y Juan le dió algunas monedas de plata que tenía sueltas. Luego prosiguió alegremente su viaje por el dilatado mundo. A hora avanzada de la tarde estalló una espantosa tempestad y el viajero se apresuró a buscar refugio, pero en breve anocheció. Por fin llegó a una ermita situada en una colina solitaria; la puerta estaba abierta de par en par y él entró para guarecerse de la tempestad.

—Me quedaré en un rincón hasta que haya pasado la tempestad, se dijo. Estoy muy fatigado y necesito algún descanso.

Tomó asiento, unió las manos y recitó sus oraciones de la noche. Y antes de que él mismo se diese cuenta, quedó profundamente dormido

y soñando, en tanto que afuera, continuaban los truenos y relámpagos.

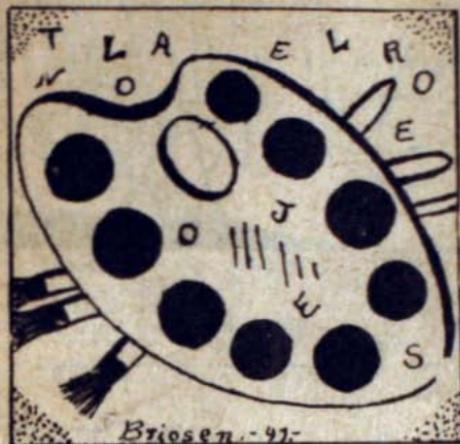
Al despertar vió que aun era de noche, pero que ya había pasado la tempestad; brillaba la luna y su luz atravesaba los ventanales. En el centro de la nave pudo ver un ataúd cubierto que contenía el cadáver de un hombre. Juan no sintió ningún miedo, porque tenía la conciencia tranquila y sabía perfectamente que los muertos nunca hacen daño a nadie. Y en pie, al lado del ataúd, habían dos hombres malvados, animados de malas intenciones con respecto al pobre cadáver. Proponianse, nada menos, que sacarlo de su ataúd y arrojar el cuerpo por la puerta de la ermita.

—¿Por qué queréis hacer eso? les preguntó Juan. Es una mala acción y deshonrosa. Dejad en paz a ese pobre cadáver. Os lo ruego en nombre de Dios.

(Continuará)

PASATIEMPO

Letras sueltas, por *Briosen*



Formar el nombre de una serial que publicó esta revista con estas letras.

Tarzán, por *Nino*.



Inicial: Tarzán.

- 1.— Edificio alto.
- 2.— Mueble.
- 3.— Animal.
- 4.— Balneario.
- 5.— Organo de algunos insectos.
- 6.— Fruta.

Charada ilustrada, por *Pond's*



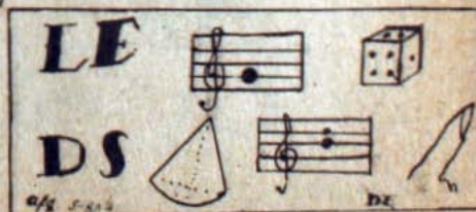
Jeroglífico, por *Arpe*



Jeroglífico, por *Cheche*.



Jeroglífico, por *Alej*.



De lucha quedan hartos los súb



1. Después de una tremenda caminata, ya todos reunidos, se alborozan. Don Coces se sostiene en una pata y locos de contento, todos gozan.



2. Y después, cada cual muy quietecito, escucha las fatigas que relata el buen Chochi, que hablando de Pepito, siente una pena y un dolor que mata.



3. Deciden intentar un golpe bueno que salve de Pepito la existencia. Don Coces cantará con voz de trueno. Los monos mostrarán su inteligencia.



4. Y aunque tenga muy buena guardia Pepito en su prisión, que estén alerta Chochi sabe colarse con cautela por la ventana, que ha quedado abierta.



5. Dice a Pepito todo lo que ha visto, pero el niño le contesta: no haréis nada; bien sé, Chochi, que tú eres perro listo, pero mi vida está sentenciada.



6. Y con tan tristes nuevas, va al momento, al sitio donde están sus amiguitos. ¡Qué congojas invaden al jumento! ¡Qué disgusto se llevan los monitos!

ditos del Rey Muerde Lagartos



7. Los dos monos, sintiéndose inspirados, una idea genial ponen en práctica y salen, cual si fueran disparados, a demostrar lo bueno de tu táctica.



8. Cuando vuelven cargados con dos llos y detallan su plan. Chochi y don Cocos dicen: ¡vaya tíos!, y se ríen después alegremente.



9. Pepito es conducido ante las flechas de los tres mejores tiradores. Las gentes no se sienten satisfechas mientras no vean consumir horrores.



10. Los dos monos, vestidos de fantasmas, y don Cocos lanzando agudas notas, sientan lo mismo que unas cataplasmas, entre aquellos guerreros tontos.



11. Que viendo como avanzan triunfadores dos lienzos que se mueven presurosos, suspenden su labor los tiradores y huyen todos cobardes y miedosos.



12. Un fantasma persigue a los valientes, y el otro se aproxima a Pepito, empujando las uñas y los dientes en deshacer el lazo aborrecido.

PAGINA FEMENINA

OTROS TRAJECITOS PARA NIÑITAS

1.— Gracioso es éste de lana rosa, que consta de un vestido sin mangas fruncido bajo el canesú, que lleva pespuntos a mano y un bolerito adornado con el mismo motivo. Blusita de organdí blanco.

2.— Traje de dos piezas en franela a rayas grises y azul. La falda en forma y chaqueta cerrada con botones azules, lleva tiras dispuestas en sentido horizontal.

3.— Otro sencillo trajecito en lana a cuadros. La chaqueta, con cuello, solapa y cinturón en la parte de atrás solamente, con hebilla, está adornada con dos bolsillos aplicados. La falda con tablas adelante.

4.— Chaqueta de lana roja, cerrada con botones azul marino y adornada con galones del mismo tono en las mangas y cuellito, que se completa con una pollera tableada de lana azul marino.



RECETAS

Confites de coco

1 kilo de pan, 1/4 kilo coco rallado, 1/8 litro de agua más o menos, vinagre rosa.

Colocar el azúcar en una olla con el 1/8 litro de agua fría y revolver hasta que se disuelva. Agregar el coco y hervir de 10 a 12 mi-

nutos, revolviendo bien todo el tiempo. Vaciar la mitad a una lata o fuente perfectamente enmantecuada, colorear rápidamente el resto con unas pocas gotas de vinagre rosa e inmediatamente vaciar esto encima de la mitad blanca. Cuando esté frío cortar en cuadrillos.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
5 " " " 100
10 " " " 50
Cortes de género.
Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de fútbol.

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

Rompe cabeza



Buscar el camino que debe seguir el niño

CORRESPONDENCIA

Advertencia General.— Solicitamos de nuestros numerosos lectores de provincia que remiten a Santiago sus cupones para el canje del próximo sorteo de Diciembre, se sirvan enviar dirección completa y el correspondiente franqueo y, si es posible un sobre listo para devolver los respectivos boletos.

Nino.— Como siempre sus dibujos son buenos. Usted progresa en este arte y llegará a ser un excelente dibujante.

Briosen.— Bueno todo lo que nos remite. Pronto verá publicadas sus poesías y dibujos.

Mirtys.— Buenos sus trabajos. Los daremos oportunamente.

Zorka.— Agradecemos sus felicitaciones por la página "Vergel Infantil". Su dibujo es bueno y se publicará.

Tío Atilio.— Complacidos vemos que usted se ha reconciliado con el "El Colegial". Sus trabajos son muy buenos y se los agradecemos. Los daremos todas las semanas.

Loré.— Daremos su dibujo.

Puntete.— Agradecemos sus fe-

licitaciones por las seriales que publica esta revista. Si no quiere re-
cortar los cupones puede llevar los ejemplares para que timbre la parte del cupón y así no estropea la revista.

Afg.— Publicaremos sus dibujos que son buenos.

Cheche.— Buenos sus dibujos. Se están publicando todas las semanas.

Torrente.— Agradecemos sus felicitaciones tan entusiastas para "El Colegial". Sus dibujos dejan mucho que desear, pero creemos que con paciencia y ejercitándose un poco llegará a ver publicadas sus producciones. Perseveré y triunfará. Aceptado entre nuestros colaboradores.

Fenelón Arce.— Aceptado como colaborador dibujante pero debe enviarnos otros dibujos mejor terminados, ejercítese y triunfará en este difícil arte. Gracias por sus felicitaciones.

Ciro, R. Perry, Puchete y Nino.— Quedan incorporados a la "Academia de Colaboradores de "El Colegial". Advertimos a Puchete que los dibujos deben hacerse en cartulina blanca y con tinta china negra.

Hector Peña.— Agradecemos sus felicitaciones por las seriales "Los dos Huerfanitos" y "Esclavos del Sultán". Buenos sus dibujos y pronto los verá publicados.

Bill.— Queda incorporado a la falange de colaboradores de "El Colegial".

Arpe.— Su colaboración a Cristóbal Colón será publicada en su oportunidad.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE
CONCURSO.

CUPON N.º 10

EL SECRETARIO

EL TEPU

T. STIPULARIS GRIESEB

Género: Tepualia.

El Tepú habita los lugares húmedos desde el río Maule al sur. En las regiones de Valdivia y Chiloé, y especialmente en el territorio de Magallanes encuentra esta planta sus condiciones de vida. Aquí forman los arbustos de 4-5 mts. de altura impenetrables matorrales. Los troncos de unos 20 cms. de espesor están arqueados y entrelazados, constituyendo los conocidos tepuales, temidos por indígenas y exploradores.

Desafia esta dura madera hasta los esfuerzos del hacha de acero. Suministra un excelente combustible.

Las ramas se presentan rectangulares. Las hojas elípticas de 1 cm. de largo dejan cicatrices una vez caídas, de donde derivan las sinuosidades del tallo. El peciolo es bastante corto. En su base se encuentran dos estipulas glandulosas. El fruto es una cápsula leñosa. Las pequeñas semillas son desparrramadas por 5 poros que se encuentran debajo del borde del cáliz.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



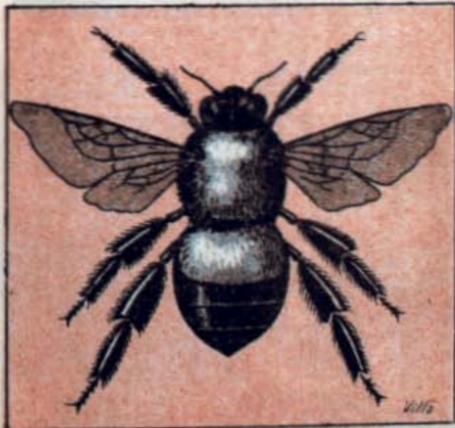
CENTRIS CENERARIA SMTH.

Esta hermosa abeja solitaria de Chile, es muy común en la Provincia de Aconcagua, principia a volar en el mes de Diciembre.

En Limache tuve oportunidad de observar la nidificación de esta especie. En los murallones que sirven de divisiones a los potreros, están llenos de agujeros que conducen a los nidos y son miles de hembras las que allí revolotean en distintas direcciones, unas salen y otras llegan a sus respectivos nidos, también los hacen en el suelo duro. Sus galerías tienen la forma de un arco cilíndrico, en el lado interno de este arco están las celdas en número de cuatro o cinco. Cada celda está muy bien pulimentada por dentro, allí colocan la pasta de polen y miel, encima y en el centro de éste pan colocan el huevo.

Visita las flores de Acacia falsa y otras Papilionáceas.

Aumentada tres veces



EL TIO TRANQUILINO



1. El perro se había precipitado sobre el pobre gatito para morderlo; pero Pedrito y Marujita salvaron al minino y alejaron el perro. El tío miraba la escena.



2. Y cuando los niños dejaron al gatito, seguro sobre el muro, el tío Tranquilino les regaló dinero para comprar manzanas. Así premió la nobleza de los niños.



3. En el acto Pedrito y Marujita compraron un paquete de lindas manzanas. Pero Pituco estaba allí ideando una picardía en contra de los dos hermanitos.



4. Pituco siguió a los hermanitos y cuando llegaron a una parte sola, empezó a apoderarse de la fruta, sin hacer caso de las protestas por aquel inicuo despojo.



5. Pero el tío Tranquilino había visto la desvergonzada hazaña y resolvió darle una lección. Se acercó a los niños diciéndoles: ¿Pueden sostenerse sobre las manos?



6. Sí, dijeron los chicos.—Entonces les daré una sorpresa al que dure más tiempo. En el acto los chicos levantaron los pies contra el muro.



7. Entonces empezaron a caer las manzanas que Pituco se había embolscado y el tío Tranquilino las recogía en su sombrero con gran alegría de los hermanitos.



8. Cuando Pituco se dió cuenta de la jugada, era ya demasiado tarde. El tío devolvió las manzanas y dijo a Pituco: —¿Te ha gustado esta sorpresa que te doy?